

La inagotable leyenda de Renato Leduc

Poniatowska Amor, Elena

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/545>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

LA INAGOTABLE LEYENDA DE RENATO LEDUC*

Elena Poniatowska

En este país en que se desdigna el idioma, el analfabetismo es de 6 por ciento (3 por ciento le pertenece al Distrito Federal) y los que leen confiesan no leer ni medio libro al año, un gran soneto vence a la indiferencia y al escarnio, el del “Tiempo”, como todos lo conocen aunque su título sea otro.

Sabia virtud de conocer el tiempo
a tiempo amar y desatarse a tiempo,
como dice el refrán dar tiempo al tiempo...
que de amor y dolor alivia el tiempo.

Su autor, Renato Leduc, nacido el 16 de noviembre de 1897 y muerto el 2 de agosto de 1986 nunca se tomó en serio. Al contrario, dejaba caer sus poemas y artículos en las mesas de cantina, en los tendidos taurinos de sol y sombra, en las camas de mujeres cuyos maridos no tardarían en llegar, en los burdeles, en la redacción de los periódicos, en la banqueta, de ahí su célebre columna homónima en *Últimas noticias* que todos corriamos a mediodía a comprar. Telegrafista de Pancho Villa, comedor de vidrio (“me acabo la copa con todo y tallo”), amigo de John Reed, testigo de bailes y balaceras, Leduc adquirió muy pronto

* Texto leído en la presentación del libro *Renato Leduc, Obra literaria*, Edith Negrin (coop.), FCE, el 19 de febrero de 2002, Puebla, Pue.

un espíritu cosmopolita que se reía de todo, de todos y hasta de sí mismo, que en México solemos llamar “valemadrismo”. El valemadrismo Renato lo aplicó a sí mismo, ya que nunca tuvo “vocación de estatua”, según el crítico Emmanuel Carballo. Sin embargo, en Tlalpan, donde nació, la delegación le hizo un homenaje fundiendo en bronce su rostro fuerte y sus cabellos despeinados: un busto para la posteridad. Cuando lo vio Renato le pidió al jardinero: “Si de casualidad van a regar este parque, por favor le echan un manguerazo a esta estatua, porque no quiero que me caguen los pájaros”.

“No haremos obra perdurable. / No tenemos de la mosca la voluntad tenaz”, escribió Renato dándole una plataforma a su leyenda. La voluntad tenaz de la mosca la tiene ahora el Fondo de Cultura Económica al publicar *Renato Leduc, obra literaria*, de 752 páginas, en la que Edith Negrín hace gala de su talento de investigadora y halla, hasta por debajo de las piedras “poemas casi inéditos”. Edith logra la faena de que el Renato Leduc poeta, el más valioso, el duradero, salga por encima de la leyenda que todos celebramos. Ahora sí, gracias a ella, la estatua de Renato no tiene pies de barro. Ella, con su profundo estudio, le construye una plataforma. Edith Negrín nos explica cómo los *Catorce poemas burocráticos y corrido reaccionario para solaz y esparcimiento de las clases económicamente débiles* (1963) –Renato es adicto a los títulos largos– surgen de una voluntad de denuncia política; que *El corsario beige*, escrita en 1940, es una novela de 46 páginas; que *Cuando éramos menos* es otra cuyos primeros capítulos se publicaron en una revista para hombres; que el ensayo sobre el autor de *Los diez días que conmovieron al mundo* es tan memorable porque Renato conoció y trató personalmente a John Reed cuando apenas era una niño, que su texto sobre Krishnamurti es una delicia y que el otro sobre Chaplin sólo puede ser superado por la tremenda ironía de la primera frase de su “Epílogo”, que dice: “Hace años que vivo en la montaña consagrado a descubrir secretos universalmente conocidos”.

Renato Leduc entró en contacto con la poesía desde muy joven. A lo largo de dos entrevistas, una en 1978 y otra en 1983, y numerosas pláticas de café me contó:

Mi papá, Alberto Leduc, fue periodista y traductor del francés, de eso

vivía el pobre y él me enseñó un poco de aquella lengua, porque en la época que fui estudiante de Leyes, muchos de los libros estaban en ese idioma: el de Derecho Civil, el de Derecho Romano, de manera que por ese lado tuve que machetearle, y aunque mi papá no era muy dado a la poesía porque su dios era Guy de Maupassant –él mismo escribía cuentos románticos–, tenía una buena biblioteca y recibía muchas revistas literarias, entre ellas la *Revista Moderna*, la *Revista Azul* de Gutiérrez Nájera, y así leí a Urbina, a Nervo, a don Jesús Valenzuela –que escribía unos versos muy malos y fue mi padrino– y al mecenas de la revista, don Jesús Luján, un viejo millonario de Chihuahua. En esos años me gustaba más la novela, me encantaban los cuentos, hasta la fecha me entretienen, tanto como el poeta cachondo, pornográfico, o en lenguaje de poetas, erótico y muy gráfico: Efrén Rebolledo. Yo lo leí porque de joven tenía la idea de que la poesía ayuda a conquistar mujeres, ¿verdad?, si les recita uno tales versos, pues eso las excita, se les mete la idea, pero pues no es cierto, qué va, yo tenía un ejemplar de Efrén Rebolledo y lo memoricé, siempre lo traía en el bolsillo, todavía lo recuerdo, era una edición de falso lujo empastada en tela y oro volador, el título grabado, y al primer encuentro con una muchacha bonita, le asestaba yo los versos para ver si se me hacía.

Breve glosa del *Libro del buen amor*

Después de *El aula...* publicado en 1929, y de *Unos cuantos sonetos que su autor tiene el gusto de dedicar a las amigas y amigos que adentro se verá* (1932) y *Algunos poemas deliberadamente románticos y un prólogo en cierto modo innecesario* (1933), un pequeño libro de poemas ardió en medio de la hoguera en 1939. No se trataba de la antigua Inquisición en la plaza de Santo Domingo, sino de los años treinta en el patio de la Secretaría de Educación Pública.

La causa del fuego fatuo fueron los versos impúdicos que un poeta dedicó a la Virgen de Guadalupe y a una señorita taquígrafa de la Secretaría de Hacienda:

Adorable candor el de la joven
que un pintor holandés puso en el burdo
ayate de Juan Diego.
El sex appeal hará que se la roben
en plena misa y a la voz de fuego.

¿De quién son rimas tan sacrílegas y que hoy vienen tan a cuento con la canonización de Juan Diego? El propio autor se presenta: “Si usted me permitiera yo le daría mi nombre;/ soy hombre de pluma y me llamo Renato”. Leduc no tenía temor ni empacho en verse a sí mismo como provocador en un mundo que calificaba de burgués, mojigato, trufado de prejuicios. Sus mejores herramientas son el humor, la burla, las leperadas. Renato le da un nuevo sesgo a la poesía, la desentimentaliza, la desensolemniza, le suena la nariz y le quita los mocos, la hace más severa y más inteligente; tiene mucho de Chesterton y de Shaw en su forma de mirar al mundo. Es poeta, no por decreto, sino —como dijo Cervantes— por una enfermedad incurable y pegadiza. ¡Blasfemia!, corearon los solemnes censores mexicanos ante la *Breve glosa del Libro del buen amor*. Los demás reían, mientras no los alcanzara la ácida pluma de Leduc.

Sus poemas siempre desembocan en la risa, en el pitorreo en la cara de los demás y sobre todo en la malicia y en la grosería, porque con Renato Leduc hacen su aparición las groserías en la poesía mexicana, las malas palabras que sólo emplean los pelados, los peladotes, los pelangoches, los pelafustanes con quienes no hay que juntarse, porque la peladez se pega, es contagiosa, rompe barreras, resquebraja la fachada, acaba con la gente decente, con la buena educación, la familia cristiana. La peladez descarapela los muros, hace que se corra el maquillaje, quiebra los escudos, las armas de la familia, la casta divina; sube por la escalera y se instala en la recámara y, sin embargo, nadie en el fondo es más altivo que Renato, más príncipe, más dueño de sí mismo que este poeta, este periodista ejemplar, este ser humano absolutamente irrepetible. En contra de la corriente, Leduc evitó toda traición a sí mismo y por ende a cualquiera. Irónico, certero, lúdico, escribió durante su larga vida de todo, y en todo puso su verdad sin inhibiciones ni temores.

Hace muchos años vivía en una vecindad en lo que antes se llamó calle de las Artes. Allí recibía a campesinos, obreros, a todo quien tuviera una queja, una injusticia sobre su espalda, para denunciarla en el periódico y arremeter contra el gobierno, la institución o la empresa victimaria. Personalmente lo visité en su casa de la colonia del Periodista, en la cerrada de Mónico Neck, al lado de la del periodista y

escritor Jorge Piñó Sandoval (su amigo del alma), en una jaulita pintada de verde. Me presentó a “la señora que me cuida”, una mujer alta y guapa como él. Ella, Amalia Romero, se devolvió a la cocina a unir su voz a la de la esposa de Piñó Sandoval, de suerte que durante toda la entrevista escuché dulces murmullos femeninos. Habló de su hija Juana Patricia y de que ya no se iba de parranda porque todos sus compañeros de juerga habían envejecido, y en vista de sus achaques el médico no les permitía ponerse su buena papalina, aunque él nunca se la puso porque según sus propias palabras “siempre he tenido un temperamento de juerga sin estar cuete”. Cierto: Renato traía la música por dentro. En esa memorable conversación habló de su amistad con María Félix, quien le dijo una noche: “Algún día, cuando me vuelva vieja, me vestiré toda de negro, me peinaré de chongo y caminaré despacio por mi bello jardín con un bastón en la mano para pegarles a los niños cuando griten: ¡es María Félix! Yo no le tengo miedo a la vejez, sino a algo más peligroso: al derrumbe de una mujer. No le temo ni a las canas ni a las arrugas, sino a la falta de interés por la vida”. Amigo de Agustín Lara y de María Félix porque “con Agustín Lara los tangos se fueron al carajo”, Renato los acompañaba a los toros, a los bares e incluso una vez María Félix, ya separada de Agustín Lara, le dijo, así de relajado: “Oye tú, ¿por qué no te casas conmigo? Al fin que tú no estás casado con nadie”. En esa época María estaba muy guapa y todos se le arremolinaban; era imposible caminar a su lado. Diego Rivera, perdido de amor por ella, le enviaba cartas dibujadas. Renato le respondió. “No, no me chingues María, yo estoy muy contento de ser el señor Leduc, ¿por qué voy a ser el señor Félix? No hay más que un hombre en la tierra que pueda casarse contigo sin menoscabo de su personalidad”. “¿Quién?”, le preguntó ella. “El mariscal José Stalin. Fuera de ese cabrón, a todos los que se metan contigo te los chingas”.

Renato siempre presumió venir de abajo “porque los telegrafistas somos gente de abajo”. Decía groserías como quien dice poemas. A la vuelta de cada frase, como un remate glorioso terminaba su pensamiento con una mentada de madre. En vez de hombres decía “cabrones”, “pendejos” o “jodidos”, en vez de mujeres “putillas”, y en vez de destino “chingada”. En sus célebres columnas en varios periódicos, Renato da a conocer el ambiente social y político de la época, habla de

la gran huelga ferrocarrilera en 1959 y de la honradez de Demetrio Vallejo, de la televisión de Azcárraga Milmo, las parrandas de Uruchurtu, el odio de Adolfo López Mateos, los toreros Armillita, Rodolfo Gaona, Cagancho, Manolete, “El Soldado”, Curro Rivera, Silverio Pérez, Luis Miguel Dominguín, Manuel Benítez “El Cordobés”, del coronel José García Valseca y su chingo de dinero, en fin, es posible reconstruir un México bárbaro y totalmente seductor a través de una sucesión de relatos que a veces arrancan una franca carcajada, otras nos hacen reflexionar y siempre nos enseñan a torear la vida, faena en la que Renato fue un maestro.

El Prometeo sifilitico

El *Prometeo sifilitico* nació en contra del “Prometeo liberado” de José Vasconcelos. Renato había leído las tragedias de Sófocles y de Esquilo hasta sabérselas de memoria, y su fuerte era la literatura griega. Como las enfermedades venéreas abundaban en los años veinte y treinta, Renato se inspiró en ellas. En el *Prometeo encadenado* de Sófocles, aquél roba el fuego a los dioses para dárselo a los hombres, y en el *Prometeo sifilitico* de Renato roba a los dioses sus secretos eróticos:

Transido de dolor
Yo enseñé a los mortales industriosos
Cuarenta y seis maneras de joder.
Tal es, dulces deidades, mi delito:
tal es el crimen de que se me acusa;
por él se quiere convertirme el pito
en una inútil cafetera rusa.

París y el surrealismo

Renato le puso siempre más énfasis a las parrandas y a la vida de bohemia, pero fue un gran representante de México a quien todos recordaban en París porque hizo amigos buenos y duraderos. Narciso Bassols lo describió, según lo consigna José Ramón Garmabella en su *Por siempre Leduc*:

Es hombre de muy raros méritos. Bohemio –esto es lo único que saben de él los que con el trasnochan– es el primero en estar en su oficina; y gracias a él los embajadores tenemos el sueldo en las manos el día preciso, y hombre desenfadado, nadie maneja cualquier situación política o diplomática con más tacto y con la exquisita educación mexicana cuando debe dejar su lenguaje militar.

Renato trató a los surrealistas, a Andre Bretón (“alto, corpulento y melenudo”) a Yves Tanguy, Paul Eluard, Louis Aragon y Elsa Triolet, Pierre Mabille y Benjamín Péret, quien hacía pareja con Remedios Varo.

Conoció en un café de Montparnasse a Leonor Fini, quien llegó una noche acompañada por una de las pintoras más decisivas en el arte, Leonara Carrington.

Testigo de la entrada de los alemanes en París, Renato asistió a las primeras presentaciones de Edith Piaf, quien pretendió enseñarle la vida en rosa. Picasso le preguntaba por su buen amigo Diego Rivera y por el muralismo mexicano. Renato vivía en el hotel Saint Pierre, en el centro mismo del Quartier Latin y a un lado de la Escuela de Medicina, célebre por sus bailes. En ese Barrio Latino Renato recibió a mexicanos de la talla del astrónomo Luis Enrique Erro (“un hombre en verdad inteligente”), con quien compartió amiguitas y parrandas. Cuenta Renato que Erro era socio de una agrupación europea que se denominaba “Amigos de las estrellas variables” y un día le preguntó:

—Óyeme, mano, ¿y por qué eres amigo de las estrellas variables y no de las fijas?

A lo que Luis Enrique respondió:

—Porque un error cualquiera puede atribuirse a la naturaleza misma de las estrellas.

José Alvarado (otro personaje igualmente entrañable sobre quien todavía esperamos un libro), llamaría más tarde a Renato Gran Jefe Pluma Blanca. Renato se casó con Leonora Carrington porque era la única manera de sacarla de España. Ambos estaban en Portugal y Lisboa era un nido de agentes de la Gestapo. Leonora esperaba una visa mexicana que tardaba en llegar; el matrimonio con Renato solucionó el problema. Ella se quedaría en Nueva York pero una vez allá, después de un accidentado viaje en el “Exeter”, decidió seguirse a México con

Renato y vivieron un año juntos en un barrio que Leonora siempre consideró peligroso. Por ello Leonora pidió un perro guardián, ya que Renato salía y la dejaba sola.

Comentarios sexistas

Amigo de Antonio Arias Bernal “El Brigadier”, de Alejandro Gómez Arias, de Pepe Alvarado, de “El Chango” García Cabral, José Pagés Llergo y toda la vieja guardia del periodismo mexicano, Renato cuenta que una de sus novias se alarmó visiblemente cuando le dijo que se iba a París, y le rogó: “Por favor, no te vayas a París, pues con lo mujeriego y lo borracho que eres te vas a perder”. Lo cierto es que Renato era mucho menos mujeriego que su leyenda, y sabía apreciar un buen vino de Burdeos pero jamás fue borracho. Utilizaba, eso sí, el lenguaje sexista de la época, porque cuando las calles de México se llamaban del Esclavo, de la Amargura y del Campo Florido los hombres presumían mucho sus conquistas. Renato decía: “Las mujeres deben ser como un buen toro de lidia, ni muy reservadas (que no embistan) ni muy pregonadas (que embistan al primer capotazo), o sea ni muy inteligentes ni muy pendejas”. Sus comentarios son anteriores al *women's lib* y a la defensa de los gays, y tienen mucho de grito a media canción ranchera, pero curiosamente nadie se los toma a mal.

Pocos hombres pueden decir que se sienten satisfechos con su vida. Renato (novelista frustrado) alegaba que la mejor novela que había leído era *Los bandidos de Río Frío* y escribió:

He llegado hasta donde podía llegar; he corrido cuanto podía correr; he atravesado esta llanura, a ratos plácida, tormentosa a ratos, cabalgando en el lomo tornadizo de lo transitorio y lanzando ligeras azagayas de displicencia sobre esto y sobre aquello.

Estuve en un tris de ser héroe, porque como solía decirme Dolores, la de la cabellera impecable: “Con esas piernas tan largas que tú tienes, se llega a cualquier parte... ¿no ves la Lindbergh?” [...]

Corrí, corrí por la llanura, frenéticamente alegre, sin saber por qué; sólo de vez en vez recuerdo que reían los coyotes con tal desolación... sólo de cuando en cuando lloraba la luna en tal forma contenciosa, que una tristeza sub-lunar me llenaba el corazón y veíame precisado a sacu-

dirla arrojando al haz del desierto este grito a todas luces estentóreo:
¡Viva México, hijos de la chingada!

Genio y figura hasta la sepultura, Renato Leduc se ganaba la vida con su verbo pero jamás se consideró poeta. Trató a su poesía sin benevolencia: en cuanta entrevista, en cuanta charla tuvo, la hizo menos. Pedro Vargas, Marco Antonio Muñoz y José José cantaron su soneto sobre el tiempo que recorrió los salones de baile, los cabarets, las plazas, las calles de México musicalizado por Rubén Fuentes. Entonces los choferes de taxi, los taqueros y las meseras empezaron a pedirle a Renato su dedicatoria.

Como dice Carlos Monsiváis: “Así, la autodenigración haya sido tan convincente que a su muerte los comentarios destacan sin cesar al personaje y sólo mencionan de paso al poeta que sí fue y extraordinario”:

Si usted me permitiera, yo le daría mi nombre
Soy un hombre de pluma y me llamo Renato,
Lo de la Pluma es subsidiario en el hombre
Más tengo un porvenir color permanganato.

Carlos Monsiváis, prologuista de la *Obra completa de Leduc*, afirma que el Renato que presenció la invasión nazi en París lo aguardaba en México, “gracias a la difusión oral de sus poemas y su leyenda, el destino temible: convertirse, gracias a su rechazo de la institucionalidad, en institución.”

Hoy la leyenda de Renato Leduc recorre no sólo la redacción de los periódicos y a esas otras salas de redacción que son los bares y las cantinas, sino el canto grande de la poesía mexicana en el que Renato Leduc es, como lo dijo Salvador Novo en 1938 y lo consigna Edith Negrín, “maravilloso, genial, exquisito poeta”.

Renato sigue siendo leyenda por donde quiera que se le mire y esa leyenda (de un personaje singular que en cierto modo le ganó al poeta) es una poderosa razón para que Edith Negrín rescate su obra completa, Monsiváis la prologue y el Fondo de Cultura Económica la edite.